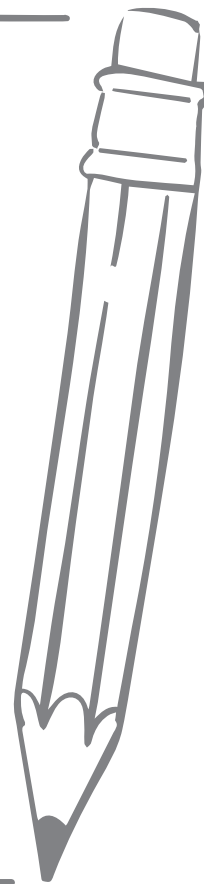

Escribir es una cuestión de ritmo



// Revista *Espejo*
Entrevista con *Efraím Medina*

Estuvimos pensando en cómo introduciríamos esta entrevista, y francamente desde la distancia preferimos concederle la palabra a su propia voz, una con más ritmo, menos inmóvil.

“Es una mierda que insista en recomendar mis propios libros, pero creo que les haría bien leerlos. ¿Cómo lo sé? No es que lo sepa, simplemente lo intuyo. Tengo la experiencia de tantos lectores que me han escrito con gratitud y tengo mi propio criterio y lo mucho de mí que he puesto en esos libros. Tengo conciencia de mi talento, pero más aún de mis nervios y de mi esfuerzo por comunicar algo que importe, que incida, que perdure en las vidas de quienes me leen. No me interesa la literatura como una función, no me interesa recrear o imitar los asuntos de la realidad-real. Quiero conectarme desesperadamente con sus almas. Para escribir así he renunciado

incluso a ser escritor en el estilo formal, standard, ordinario. He renunciado a mi timidez, a ver deportes y he extirpado la televisión y otras sandeces anestésicas de mi vida. Escribo con una tensión conceptual, busco el diseño de un pensamiento capaz de atravesar los densos muros de la funcionalidad. No quiero pasar por ustedes sino SER en ustedes. Hace mil años decidí irme de mi país, un poco arrastrado por mis libros y también por la conciencia de que si me quedaba en Colombia al final sería corroído por la importancia relativa de publicar libros y armar barullo. Decidí volver a la ausencia, al anónimo y frágil muchacho que fui en Ciudad Inmóvil. Me siento bien de este lado de la luna. Aprendí a ir en bicicleta, a ser padre de dos maravillosos niños en compañía de una chica muy especial, a cocinar regularmente teniendo en cuenta valores nutritivos, a entender otra cultura, otro modo, otro registro. Todos mis libros están publicados en italiano, algunos también en francés, finlandés, portugués... Y eso significa que las

Quienes creen en la realidad, en ese cadáver en fase acelerada de descomposición, son una subespecie de dicha realidad, una subespecie que perdió la capacidad de imaginar e imaginarse.

cosas han ido bien (en el mercado del libro, si no vendiste, te jodiste), significa que tengo el aprecio de miles de lectores, significa que Europa es también mi casa. No voy a negar que eso me estimula y me tranquiliza, que eso me permite afrontar los años con menos angustia. Vivir de los libros es muy raro y para que tengan una idea de lo difícil que es, les doy un dato. De todos los libros que se publican cada día en el mundo, solo el 0.08888...% consigue vender más de cien ejemplares. Otro dato, sin ninguna modestia: después de García Márquez, ningún otro escritor colombiano ha vendido más libros en Italia que yo. Vender libros es duro, pero la onda ilusoria de ciertos *best sellers* pueda dar otra impresión. Termino donde empecé: es una mierda que insista en recomendarles mis libros, pero creo que les haría bien leerlos. Y también a mí que se vendan porque sigo soñando con montar mi BLUES/BAR, no lo olviden”.

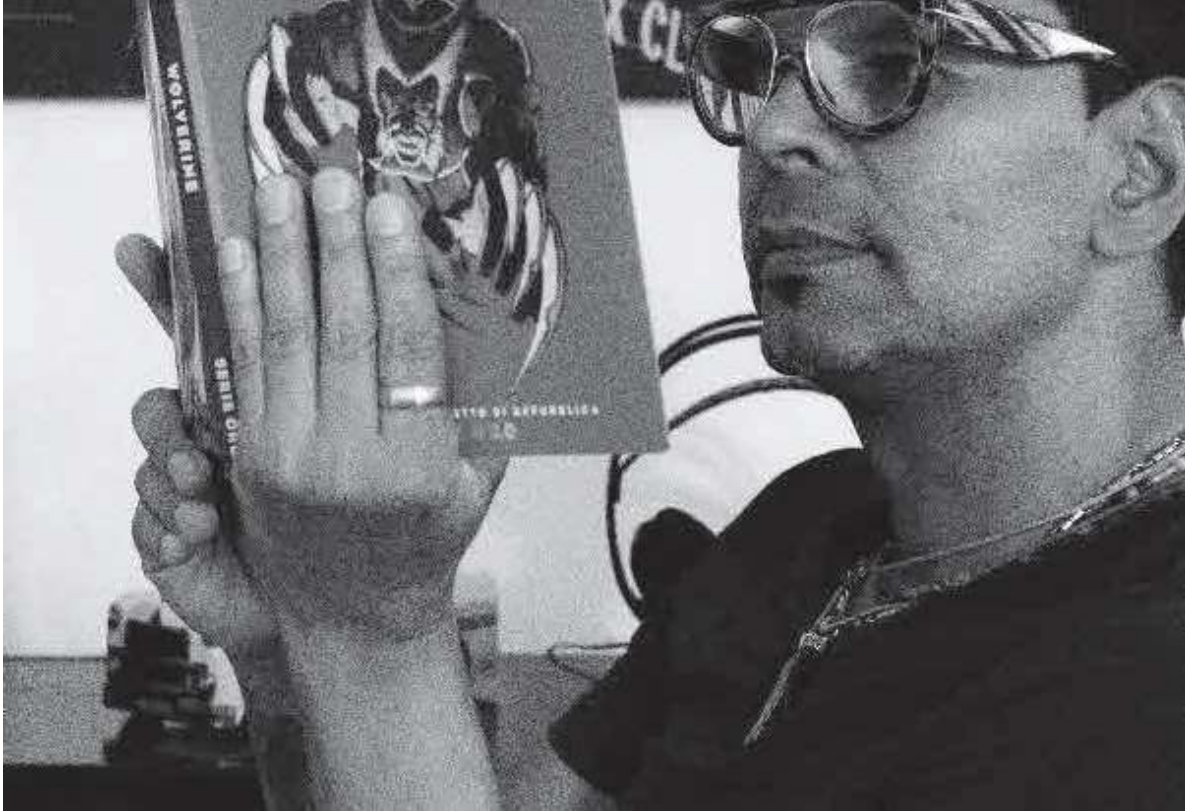
Quando se nombra a Efraím Medina en algunos estudios literarios o en la crítica estereotipada, y tal vez entre los lectores de las plazas o cafés, se tiende a relacionarlo con el lenguaje mordaz e irreverente, títulos con muestra de “sexualidad evidentes”, sin tabúes, y sin aparentes

remordimientos. Te alejaste, según propias palabras, de una “vida simple”, al escribir. ¿Qué tan importante es para Efraím Medina construir historias con palabras que nombren, que no signifiquen más que lo que son, y recurran a lo evidente para desnudarse? ¿Te alejaste realmente de la vida simple?

Antes de entrar en materia creo necesario aclarar que quienes reducen mis textos a mordacidad, irreverencia y “sexualidad evidente” (no sé qué rayos sería “sexualidad no evidente”), o no los han leído o son sobrenaturalmente imbéciles. He escrito desde el inicio y hasta hoy textos reflexivos sobre la condición humana usando diversos niveles de lenguaje y creando personajes e historias que me permitieran expresar lo que conceptualmente me interesa. En cuanto a “una vida simple”, no creo haberla tenido jamás. Desde que tuve conciencia de mí, de los otros y del mundo, me inquietó el modo en que las personas creían en la realidad y la forma servil en que repetían las rutinas que esa realidad les había diseñado e impuesto. Ellos, las personas, estaban ciento por ciento seguras de ser reales y de que “la letra con sangre entra”. A mí eso me parecía un despropósito y con el tiempo fui confirmando mis dudas. Quienes creen en la realidad, en ese cadáver en fase acelerada de descomposición, son una subespecie de dicha realidad, una subespecie que perdió la capacidad de imaginar e imaginarse, y cuya fantasía es tan chata e inocua como una bella postal del Paraíso sucia de mierda.

Tus obras promulgan una juventud palpitante y resultan algunas cómicas al oído y la conciencia, y tal vez recalcitrantes para los más “románticos”. En Érase una vez el amor pero tuve que matarlo, sobre la frase: “Tú me recuerdas a un poema que no logro recordar, una canción que nunca existió y un lugar a que jamás habría ido”, ¿cómo es posible conjugar el miedo, la excitación, y el amor en una misma ondulación del lenguaje? ¿A qué recurre?

Mi intención al escribir es destruir los eslóganes típicos que los idiotas confunden



con pensar del mismo modo en que confunden información con sabiduría. Para acometer tal empresa he creado mi propio registro y seguido en lo posible mi instinto. Jamás he pensado que escribir tenga una relación directa con contar historias. Para mí escribir es una cuestión de ritmo y la base de todo ritmo es el silencio. Nada es más importante que lo que no se dice. Quien de verdad escribe no cuenta historias, sino que comparte sensaciones y perplejidades con las cuales el lector se inventa la historia. Por ejemplo: ¿A qué sabe el sabor del ajo? No creo que exista una historia en ese interrogante, ni siquiera hay palabras. De ese tipo de ejercicios parten siempre mis textos.

Si revisamos Técnicas de masturbación entre Batman y Robbin o La sexualidad de la Pantera Rosa, son dos de los títulos más “sugerentes” de tus novelas, y que más allá de vincularlos con personajes mundialmente conocidos, y a los que tal vez muy pocos hubieran recurrido, se encuentran historias cotidianas y hombres normales. ¿Qué te permitió configurar una muestra de ilusiones en un país donde es difícil soñar, o tal vez desvirtuar el foco de atención de temáticas de las novelas colombianas del siglo XX y XXI y controvertirlas en manuales para transformarse en un se-

ductor? ¿Qué nos dice esto del proceso de la escritura literaria colombiana?

Alguna vez escribí: “Todo puede ser literario menos la literatura”. Creo en eso y tengo una pregunta: ¿Qué es un mote de queso? No hay que ser muy listos para saber que se trata, en realidad, de un mote de ñame y que el queso, aunque deja destellos de sabor y flota, sin confundirse, en aquella deliciosa poción, no llega nunca a ser mote, porque ser mote no es parte de su naturaleza. Sé que la mayoría de escritores son funcionales a la idea académica de literatura y funcionarios de ese sistema, pero a quien de verdad escribe, gente como

Para mí escribir
es una cuestión de
ritmo y la base de
todo ritmo es el
silencio. Nada es más
importante que lo que
no se dice.

Kafka, César Vallejo o un servidor, la idea standard y el negocio académico de la literatura, le vale tres tiras de verga (y ese es el valor que le doy al “proceso de la escritura literaria colombiana”).

“Me alegraba de no estar enamorado, de no ser feliz con el mundo. Me gustaba estar en desacuerdo con todo. La gente enamorada a menudo se ponía cortante. Perdían su sentido de la perspectiva. Perdían su sentido del humor”, -decía Bukowski-. Hay personas que no suelen ser amantes a este escritor, aunque suelen leerlo a menudo. Puede que para muchos resulte grotesco, pero reconocen en su prosa el ímpetu de sus letras clásicas. Tal vez no puedan evitar al leerle, remitirse a Bukowski. ¿Reconoces algo de él en tus creaciones?

Cuando leí a Bukowski ya sabía decir palabrotas. Las aprendí poco después de nacer, como cualquier otro chico de Ciudad Inmóvil. Es así como nos comunicábamos en el barrio, en la esquina y luego en los bares y cabarets. Además, Bukowski escribió en inglés y la mayoría de las palabras “sucias” que aparecen en las versiones en nuestro idioma de sus libros son obra de sus traductores. Quien ha leído a Bukowski sabrá que es un escritor clásico, tanto en lo estructural como en lo conceptual, y que todas sus historias tienen el mismo lenguaje y espacio dramático. Todo en él es divertido y crudo *road movie*, cuyo *leit motiv* esencial es hacer de la fatalidad un atributo. Comparto con él, como con Kafka, Truman Capote o Stefano Benni, una visión cómica de la existencia, un pesimismo juguetón, un saber que se “derraman más lágrimas por las plegarias atendidas”. Pero en lo estructural, en lo rítmico, en el registro y las preocupaciones conceptuales y/o filosóficas, no veo tal hermandad. Tal vez en algunos pasajes de *Érase...* y en algunos relatos de *Cinema árbol* haya momentos de confluencia, pero nada sustancial. Sé que la idiotez tiende a etiquetar lo que no es capaz de entender. Más allá de eso, amo a Bukowski, amo a Radiohead, amo a Bach y estoy hecho de todo lo que amo.

En una entrevista reciente afirmaste: “La realidad es una celda inmunda repleta de muñones parlantes”. ¿Qué intentas considerar sobre la realidad? ¿Cómo la has construido en cada una de tus obras, y sobre todo, cómo la has transformado desde “Cinema Árbol” hasta tu última novela Los infieles?

Es un asunto largo y complejo. De hecho, he escrito ya dos tomos de un proyecto titulado *Curso acelerado de inteligencia básica* que indaga sobre ese y otros temas que me obsesionan. Cuando hablo de Realidad-Real me refiero a la que todos más o menos compartimos y la mayoría acepta como única e indiscutible, pero no es así. Existen y pueden existir muchos otros tipos de realidad y creo que el deber de todo ser humano es proponer su propia realidad conceptual para enfrentar la dictadura de la Realidad-Real y su carácter funcional. Si no lo hacemos, seguiremos condenados a que nuestra vida sea ver mojosos partidos de fútbol, confundir amor con apareamiento, envenenarnos con basura que creemos alimentos y soñar y desear todo lo que esa Realidad-Real nos inoculara a través de sus *mass media*. La pretensión de mis libros es compartir mis preocupaciones. Intento con ellos incidir en quien los lee y aumentar su visión periférica. Escribiendo he logrado combatir mis tormentos y dilemas, he logrado alejarme del zombie que andaba a la deriva por Ciudad Inmóvil. Sin una feroz autocrítica nadie logra ver más allá de sus narices. ■

Escribiendo he
logrado combatir mis
tormentos y dilemas,
he logrado alejarme
del zombie que
andaba a la deriva
por Ciudad Inmóvil.
